



SE PUBLICA CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

AÑO XVI  
Núm. 85

Dirección y Administración  
CIUDADELA (Menorca).—Obispo Vila, 24

AGOSTO  
1927

## Asunción de la Virgen María

LA Iglesia que es ciencia divina y celestial sabiduría, que con penetrante mirada ve los más recónditos pliegues de nuestro corazón, mientras surcamos el tempestuoso mar de este mundo, nos enseña cada día el puerto seguro del cielo, y siempre que nos ve caídos en miserias y debilidades que como consecuencia funesta del pecado original nos tiranizan, propone a nuestro estudio ideales acabados de santidad, y seres adornados de las más esquisitas virtudes y gracias. Así débiles nos fortifica, abatidos nos alienta, cobardes nos anima.

En la Fiesta del 15 de Agosto, el orbe católico conmemora tres sublimes misterios, que otra cosa no son sino tres magníficas coronas y valiosos premios de un ser lleno

de gracia y sin mácula; tales, la muerte dichosa, la asunción gloriosa, y la coronación espléndida de nuestra Madre la Santísima Virgen.

I.

Desde la Ascensión de Jesús su cariñosa Madre María carece de satisfacción y consuelo: privada de tan amado hijo que es su tesoro, su corazón lo tiene puesto en el cielo. Coopera, es verdad, al establecimiento y propagación de la naciente Iglesia, como cooperó a la redención del mundo; pero su alma presa de nostalgia celestial y anhelando los goces purísimos de la visión beatífica, suspira en extática oración y gemidos incurables se digne el Eterno abreviar los días de su existencia en este mundo. El cielo atiende a súplica tan fervorosa y petición tan santa, y entonces una voz melódica modula estas palabras: Ven, amiga mía; ven,

escogida mía, pasó ya para ti el crudo invierno de esta vida; van a disiparse las nieblas y a aparecer risueña la florida estación. Ven, amiga mía y paloma mía; ven, y serás coronada. Esta voz dulce como las inspiraciones del amor, blanda como el arrullo gemido de la tórtola, suave como los tenues suspiros de la brisa, era la voz del Amado que convidaba a la Amada a gozar bienaventuranza eterna en los Tabernáculos del Señor.

María con gratitud da oídos a esta voz, y prepara su alma para este feliz tránsito con suspiros amorosos, arrobamientos frecuentes, y deliquios de caridad. Apenas los apóstoles y discípulos saben esta noticia, cuando vuelan desconsolados a rodear el lecho en que la Virgen descansa como viajera fatigada, más bien que como enferma de dolencia mortal.

Entonces, llegada la hora suprema que con tantas ansias había deseado, dirige a los piadosos circunstantes palabras dulcísimas que destilan en todos los corazones, vida y consuelo, y entre transportes de célico amor el alma purísima abandona su cuerpo que resplandece como el sol, y despide aromas y suavísimos olores, María concebida sin mancha desde el primer momento de su existencia, para más conformarse al divino ejemplar Jesús, quiso como Él pagar tributo a la muerte, pero no a la corrupción del sepulcro. La separación del alma y cuerpo no fué violenta, antes dulce, suave, tranquila; fué un éxtasis, un sueño, un plácido descanso.

El espíritu cruzando el espacio vuela al cielo; y aquel cuerpo pu-

rísimo, verdadera Arca Santa de la Alianza, sagrario del Altísimo, tabernáculo de amor; vestido no de luto sino de traje nupcial, es cuidadosamente depositado en un sepulcro nuevo del Huerto de los Olivos. En torno de él lucen fulgores clarísimos y se oyen armonías del cielo, y al transcurrir el tercer día, el sepulcro aparece abierto y a sus bordes tendido un perfumado sudario. Es que la tierra es indigna de abrigar en sus entrañas aquel ser incomparable que tuvo nueve meses en su claustro virginal al Señor del cielo, y al Rey de los siglos inmortal e invisible. Es que el alma de María ha descendido acompañada de Jesús en innumerables cortejos de milicias angélicas y coros de santos, e informando de nuevo el cuerpo glorioso. se ha remontado hacia la Sión bienaventurada en brazos de su Amado y entre cánticos de alabanza y armonías de bendición. Llegan ya a la Jerusalén de paz, y Jesús presenta a su Madre al Padre Eterno que la acacia como Hija predilecta y al Espíritu Santo que la recibe como Esposa dulcemente amada, y entre aclamaciones de las jerarquías celestes es glorificada y coronada Emperatriz del Universo y Reina de cielos y tierra. Los patriarcas se regocijaron viendo aquella hija cuya memoria y promesa les alentaba en su destierro y tribulación. Los profetas rebosaron de placer y alegría al ver presente aquella maravilla de la gracia que habían visto con intuición y en espíritu, y al contemplar aquella realidad perfectísima y acabada cuya sombra había vislumbrado en lonta-

nanza. Los santos todos admiraron en María un dechado de todas las virtudes, y confesaban que el trono de gloria tan excelso que gozaba era correspondiente a la gracia singular con que, en la tierra había sido regalada y enriquecida. Nunca naturaleza humana había sido a tan alto grado sublimada, de ninguna criatura se había hecho apoteosis tan cabal, pues María gozó por gracia los dones que Jesús obtuvo por naturaleza.

## II.

Gloriémonos pues, los católicos, en la exaltación de María sobre toda criatura angélica y humana, y juzgando por su poder y bondad la eficacia de su intercesión, acudamos a su amparo maternal en todas nuestras necesidades y apuros. Para convencernos de la realidad de la mediación de María para con sus devotos, basta considerar la cuasi omnipotencia de que goza, sus entrañas misteriosas y de madre, y la historia de los pueblos que por millones cuenta los favores y bienes por su influencia merecidos.

¿Qué no pueden las súplicas fervientes de una madre para con su hijo amado? ¿Qué los ruegos, qué las oraciones, qué las lágrimas? ¿Qué bien no alcanzara nuestra abogada María del poder infinito de Jesús, que es todo

amor, misericordia y caridad? La diestra pues del Onnipotente está a disposición de la Virgen, y su poder infinito a merced de su voluntad.

Y ¿qué diremos del amor que profesa María a los hombres? En la tierra fué llena de gracia para ser corredentora, en el cielo está sublimada en la gloria para ejercer el oficio de abogada nuestra y madre de misericordia. ¿Quién dudará del protectorado de la Virgen para con sus devotos? Tus delicias son, oh Madre amantísima, favorecer a los hijos de los hombres. Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

Difícil o más bien imposible tarea será la de trazar la vida misericordiosa de María por las gracias innumerables que hace diez y nueve siglos dispensa a la humildad necesitada de su auxilio. Los orígenes de los pueblos y su alumbramiento en la fe están envueltos en tradiciones marianas; los montes son coronados por sus santuarios; batallas insignes la proclaman su capitana vencedora; las naciones la invocan por patrona; su nombre en fin, excelso e inmaculado, llena los siglos, ¿Quién no confiará en Madre tan tierna y solícita por nuestro bien? ¿Quién no se acogerá bajo su tutela, y se abrigará con su manto maternal?....



## IMITÉMOSLA

**D**A dicho un santo autor que en el mundo no hemos venido a vivir, sino a aprender a morir. Por poco que se medite

este pensamiento sacaremos la conclusión de que se trata de una grandísima verdad.

Ahora que, como ocurre con las más trascendentales verdades de la vida, la mayoría de los

cristianos nos portamos de tal manera en la práctica del vivir, como si aquellas verdades fuesen un mito.

Más por poco que nos preocupe la idea de nuestro destino, no nos faltarán ejemplos sublimes los cuales nos mostrarán palmariamente que «esta vida no es la vida». A los que de ella quieren hacer un perpetuo festín, a imitación de los paganos, no les quedará otro remedio que inclinar su cabeza y darse por vencidos y dichosos si son lo suficiente sinceros para reconocer su error y desviarse de su ruta equivocada.

Nosotros, los que, al igual que Marta, andamos atrajagados en las cosas de poca monta y olvidamos demasiado la «única cosa necesaria» necesitamos de aquellos altos ejemplos que nos señalen «prácticamente el camino de la vida. Los grandes maestros son, pues, los Santos.

Los Santos, abstraídos de las cosas mundanas y ávidos de conocer la verdad y el destino del hombre, han dedicado el tiempo necesario para estudiar el problema a fondo y han logrado aprender el único arte del buen vivir, que nos han legado como

la más preciosa de la herencia.

De ahí que para ellos la vida oculta, las penitencias, los ayunos, las humillaciones, el renunciamento del mundo y de sus glorias, el desprenderse de las riquezas para vivir como indigentes, las fatigas apostólicas, el cuidar enfermos, en fin, todo lo que significa sacrificio y abnegación, les ha parecido poco, con tal de lograr ver realizado aquello de los libros sagrados: «Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus Santos».

Pero sobre los ejemplos legados por los justos y más eficaz que todos ellos es el de la que es Reina de todos los Santos, de la Virgen Santísima, de nuestra buena Madre. Meditemos cual fué su vida; consideremos cual fué su muerte, y como según la doctrina de la amabilísima santa Teresita del Niño Jesús, debieran presentarnos imitable a la Virgen María en lugar de presentárnosla inaccesible, porque «tiene más de Madre que de Reina», pidamos la gracia de saber imitarla en todos los actos de nuestra vida para que, como consecuencia, tengamos la dicha de imitarla en nuestra muerte.

A. DE SALES.

## Madre... Madre...

Madre... Madre..., soy yo...  
un errante peregrino... soy un  
pobre pecador...

**V**ENGO de muy lejos, Madre...  
Por veredas y senderos  
escabrosos he podido a duras  
penas caminar, desalentado y

sediento, para llegar hasta el  
trono que tus plantas besa...

Estoy cansado. ¡He sufrido  
tanto! Luchando y padeciendo  
por vivir, por ese vivir de la vida  
mundanal, por ese afán tan pue-  
ril e inconsciente de la bestia  
humana, he pasado los mejores  
años de mi juventud, ¡triste vi-

da la mía!) sin el aliento de un ideal, con el corazón endurecido... frío, insondable abismo de oscuridad y de error. Mi historia? Triste, breve y sin provecho alguno para Dios, como todas, más o menos, las de los que se creyeron capaces de abandonarle para lanzarse ellos solos a la conquista de la perfección. Aunque Tú los conoces mejor que yo, quieres oír la mía de mis labios?, escucha pues:

Empezaba mi vida, tranquila y apacible como el principio de todas. Mi cuerpo virginal aún conservaba las huellas de pureza de unas manos divinas y el delicado perfume de la infancia, esencia de Dios, aún embriagaba con su delicado aroma, mi corazón de niño. Pero ¡que horror! no tardaron mucho tiempo las flaquezas de los hombres en marchitar con la fetidez de su aliento, la flor de mi inocencia. En mi entendimiento juvenil se grabaron no sé que extrañas aspiraciones y un día intrigado ya por la curiosidad de lo desconocido empezaron mis ojos a mirar por la arena del circo de la vida.

Extremecióse mi alma, embebida todavía en las visiones de la patria abandonada y ante tamaña decisión aprestóse a la defensa de sus caudales sagrados. Avisos y lecciones oportunas al principio, y más tarde suspiros, lloros y protestas... todo fué inútil; vencía la materia. Llevábala del brazo la ilusión y con tan falsa compañía dejóse conducir hacia una vida de ficción, de risas e inconsciencias perniciosas.

Llegamos muy pronto ¡bien corto es el camino que nos conduce al error! a un lugar iluminado con las más extrañas luces, con pompas atractivas, tan bellas como raras, tan raras como oscuras para el alma. Y entonces.... para qué decirlo. ¿No se sabe ya esta historia tantas veces repetida? Entonces.... vida de inquietud, intranquilidad de enfermo, con el cerebro encendido con las luces de la fantasía, abrasada la cabeza con la fiebre del afán y la ambición, por la vida material, y el corazón desolado, con la llama del amor amortecida, por el soplo casi helado del vacío.

Más no quiso Dios perderme eternamente y en plena carrera, apesar de la sordera acentuada de mi pobre corazón, mi alma oyó una voz que la llamaba insistente. Alguién se acercaba mucho a mí, tanto que llegaba a sentir ya su calor; por fin una mano cariñosa, toda bondad y ternura, posóse dulcemente en mis espaldas, la voz me habló al oído y al escucharla atento, creí sentir tras ellas los latidos impacientes de un amante corazón... volvíme para ver... era un amigo.

Y para abreviar, madre mía; muy diferente de los demás, este amigo, como verdadero, deshecho en pruebas de cariño y caridad, hablóme de una luz, de una fé, de una verdad y sobre todo de un amor, de ese amor que solo se puede sentir en las alturas de la perfección.

Por vez primera en mi vida un ideal de luz posábase sobre mí

frente que descendido hasta el alma la decidía con viveza hacia una vida mejor. Y haciendo un haz enorme de todos mis pecados, cargadas mis espaldas con esa cruz de cieno, de peso insupportable, emprendí la nueva senda, resuelto a no parar hasta postrarme a tus pies y entregarte todo el fardo de mis culpas. Tómallo, pues, antes que mi débil voluntad sucumba a tan gran peso, llévalo hasta Jesús y échán-

dolo en la Fragua Divina de su pecho, y deja consumir para siempre tanto abrojo mundanal.

Rendido de cansancio estoy, mas confiado he venido para implorar ese perdón que ha de aligerarme la carga y procurarme el aliento necesario para seguir el camino de la salvación.

Has oído, Madre?... soy yo... Un errante peregrino... Soy un pobre pecador...

A. DE ASIS.

## Asunción de María

**U**N día de la Asunción de la Reina de los Angeles y Señora nuestra, me quiso el Señor hacer esta merced, que en un arrobamiento se me representó su subida al cielo, y la alegría y solemnidad con que fué

recibida y el lugar donde está. Decir cómo fué esto, yo no sabría. Fué grandísima la gloria que mi espíritu tuvo de ver tanta gloria; quedé con grandes efectos, y aprovechéme para desear más pasar grandes trabajos y quedóme gran deseo de servir a esta Señora, pues tanto mereció.

*Santa Teresa (Vida, cap. XXXIX.)*

## A SAN JOAQUÍN

ODA

Padre amoroso de la bella Virgen,  
Padre de la alta Emperatriz del cielo,  
danos consuelo y con alegre aplauso  
suene tu nombre.

¿No ves cuán mustio el abrasado  
[campo  
lluvias anhela? De calor estuvo  
¿ves del olivo parecer sediento  
y árido el fruto?

Joaquín anciano, por tu Niña her-  
[mosa,  
por tu dichoso conyugal cariño,

y por el Niño que los orbes rige  
omnipotente,

Oyenos fácil; a tu voz la nube  
sin fragor venga, rápida llevada  
de brisa alada, que copiosa vierta  
plácida lluvia.

Fácil un tiempo nos oíste pío;  
Fácil un tiempo tu poder mostraste,  
y embriagaste de fecundas aguas  
valles y montes.

Padre amoroso de la bella Virgen,  
feliz anciano, de Jesús abuelo,  
danos consuelo y con aplauso suene,  
suene tu nombre.

## ROSA MARÍA

**L**A fresca y gentil muchacha poseedora de ese poético nombre, estaba aquel día contenta, pero muy contenta. Era como si resplandeciese de una luz toda interior. Sonriendo para sí misma, como bajo el imperio de un sueño delicioso, cogió dos cestas grandes, y se fué con ellas al huertecito de detrás de la casa, para recoger la sonrosada fruta, madura ya, de aquel manzano tan fecundo, que cada año se cargaba tanto de manzanas, que apenas podía con su peso, y tan generoso y bonachón, tan amigo de todos, que inclinaba sus ramas hasta el suelo, para que ni los más chiquitines se viesan privados de gozar de su olorosa cosecha.

Y Rosa María, mientras llenaba las cestas para llevarlas al mercado a la mañana siguiente, continuaba sonriendo y pensando en su felicidad, que, en aquel momento, estaba representada por Juan Martín, un muchacho muy apuesto y uno de los mejores partidos del pueblo... ¡Ya lo creo! ¡No las tiene cualquiera dos yuntas bien suyas, y buenas tierras de labor alrededor de la casa! Pero la chica no pensaba en eso, sino en lo que él la quería, y en lo felices que vivirían, porque ella amaba la paz y sería buena para él y para su padre, y todos la amarían y la desearían. Y Dios reinaría en su hogar. Y la Virgen también, porque ella restablecería la costumbre, olvidada ya en aquella fa-

milia sin madre ni esposa, de rezar el Rosario cada día...

La tarde decaía. Las doradas rosas del Oriente se trocaban en pálidas violetas, y las dos cestas ya estaban casi llenas hasta el borde, porque Rosa María era naturalmente activa, y ni soñando perdía el tiempo. Y entonces...

Pero hay que advertir que había un camino hondo al lado derecho del huerto, defendido y abrigado además por un seto vivo... Y entonces fué cuando Rosa María oyó los pasos lentos y cansados de una yunta que venía del trabajo, y una voz muy familiar, muy querida, que arreaba a las bestias porque sí, por la fuerza de la costumbre: —¡Arre, Palida! ¡Que te duermes y te voy a despertar, Gallarda..!—

La muchacha quedó un momento inmóvil, y sus ojos brillaron como dos luceros... Y ya iba a enviar al amado un alegre saludo, cuando, en la parte de abajo, resonó un fuerte resbalón de las herraduras sobre la roca lisa y gastada, y, casi instantáneamente, el fuerte restallar del látigo, acompañado de una blasfemia horrible, asquerosa, en la que el inmaculado Nombre de la Virgen, que Rosa María amaba tanto, salió envuelta en una oleada de cieno...

Y aquello fué como un desgarramiento súbito, como una sacudida violenta, que transformó todos sus horizontes y destruyó sus ensueños, como destruye la tempestad la floreciente cosecha. Y, a la claridad iivida de

aquel relámpago infernal, vió la santidad de su hogar profanada, y ofendida su alma pura y creyente. Pero no; ya no podía ser: aquel hombre le inspiraba tanto miedo y repugnancia, como si hubiese dado una bofetada a su madre y escupido a su padre...

Levantóse entonces y, abriendo el seto, asomó la carita empalidecida: —Juan Martín...! —

Y su voz estaba tan cambiada, que el mozo se sobresaltó y sólo acertó a contestar:

—¿Qué tienes? ¿Qué hay de nuevo?

—Que no vuelvas a casa, si has de volver por mí, porque todo ha concluido entre nosotros dos...—

Sintió el mozo como la impresión de un latigazo que le cruzase el rostro, y preguntó con voz que quería ser desdeñosa: —¿Estás loca? ¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Qué me ha de pasar?—

Y el otro volvió a insistir, como si, en aquel momento, cayese en la cuenta: —¡Ah! ¡Ah! ¿Es por eso de ahora?

—Tú lo has dicho: por eso mismo. A diós.

—Adiós: otras habrá que aprovechen, dándome las gracias, lo que tú desprecias...—

Y, de un rabioso latigazo, volvió a arrear a las mulas, que se sacudieron, espantadas. La carita pálida y dulce había ya desaparecido...

Las dos cestas estaban llenas. Rosa María las entró en la casa, las puso en el rincón de siempre, y enseguida se dispuso a encender fuego y a comenzar los preparativos para la cena.

Y, aunque su semblante estaba pálido y sus manos algo trémulas, sus movimientos eran, como siempre, firmes y graciosos, y su mirada luminosa y tranquila...

X.

